



Roberto Larrañaga (Confebask), Iñaki Garcinuño (Cebek), Unai Sordo (CC OO) y Raúl Arza (UGT), a la espera de la intervención del consejero Ángel Toña. :: TELEPRENS

El Gobierno vasco alerta sobre una nueva precariedad en los convenios decaídos



JOSÉ LUIS
GALENDE

✉ jlgalende@elcorreo.com

El consejero de Empleo, Ángel Toña, pide un acuerdo marco de negociación colectiva para frenar el deterioro del modelo vasco de protección laboral

BILBAO. El surgimiento de una nueva clase trabajadora con condiciones laborales y salariales rebajadas como consecuencia de la pérdida de vigencia de decenas de convenios colectivos preocupa al Gobierno vasco, cuyo titular de Empleo y Políticas Sociales, Ángel Toña, consideró ayer en un acto público celebrado en Bilbao que es urgente asumir como un «valor» la estabilidad laboral. Y esto, alertó, no solo implica «respeto a las condiciones consolidadas» de los trabajadores que han perdido su convenio, sino también su aplicación a los de nueva contratación. De esta forma, precisó, se conjurará el «riesgo de nuevas dualidades» en el merca-

do de trabajo, originadas por la fecha de incorporación a la empresa.

Toña participó como ponente en el 'Foro Europa. Tribuna Euskadi', en el que disertó sobre «El buen gobierno del empleo y la cohesión social», en un acto presentado por el expresidente de Kutxabank Mario Fernández, en la actualidad profesor de Derecho Mercantil de la Universidad de Deusto, y patrocinado por el Banco Santander.

La intervención del consejero constituyó toda una declaración de principios de actuación del departamento que dirige —también de la política social del conjunto del Gobierno vasco—, en la que dejó patente la

apuesta por la introducción de cambios en las relaciones laborales para crear un modelo más participativo, siempre fruto del diálogo social. Eso sí, respetando la autonomía de los agentes sociales sin que por ello el Ejecutivo renuncie a su objetivo de «cohesión social»; una asignatura en la que, aseguró, Euskadi ocupa la cuarta posición en Europa.

Para Ángel Toña, la principal herramienta para evitar el riesgo de esta dualidad que generan las nuevas contrataciones donde no hay cobertura de convenio colectivo es, precisamente, la «negociación supraempresarial», es decir los convenios colectivos sectoriales de ámbito autonó-

mico o, sobre todo, provincial; una modalidad de pacto esta que ha decaído con fuerza y que ha supuesto que decenas de miles de trabajadores hayan sido expulsados del marco vasco de protección laboral para pasar a depender de convenios de ámbito estatal o, en el peor de los casos, de la legislación básica.

Como se recordará, la obligación legal de renovar un convenio colectivo en el año siguiente al cumplimiento de su vigencia ha supuesto que decenas de pactos sectoriales provinciales hayan desaparecido. Ello ha tenido una doble consecuencia: la aparición de una modalidad de precariedad —la de los nuevos contratados a los que se aplican condiciones laborales inferiores a las de los trabajadores más veteranos— y la de pérdida del ámbito vasco de decisión, al ser ocupado el vacío que deja la desaparición de convenios por otros de ámbito nacional, hasta ahora minoritarios, recordó Toña.

Devaluación del modelo

Para evitar la «devaluación del propio modelo» —es decir, favorecer que los pactos negociados en Euskadi rescaten materias reservadas en principio a los de ámbito nacional, otra novedad de las últimas reformas laborales—, el consejero abogó por «un acuerdo marco suscrito por una mayoría suficiente» de sindicatos y patronales más representativos; un pacto, precisó, que es «jurídicamente viable y políticamente conveniente». El objetivo, apuntó, es proteger «el espacio vasco de negociación sectorial». Puso como ejemplo el reciente acuerdo marco en el sector del comercio entre Euskomer, que agrupa al colectivo comercial empresarial de la comunidad autónoma vasca, y las cuatro grandes centrales vascas: ELA, Comisiones Obreras, LAB y UGT.

Cada vez que escucho mensajes como el emitido ayer por el consejero de Trabajo, y mucho más cuando leo entrevistas como la realizada en estas mismas páginas al secretario general de ELA el pasado domingo, me quedo con la sensación de que me falta algo. Vaya por delante que yo estoy de acuerdo en todo. Estoy absolutamente de acuerdo con que sería muy bueno tener sueldos más elevados, empleos más estables y trabajos más conciliables. Y, por supuesto, estoy de acuerdo con la necesidad de mejorar la educación, la sanidad, las ayudas sociales, la protección al desempleo, el acceso a la vivienda, atender más a la dependencia y aumentar las pensiones. No sé si me dejo algo, pero también estoy a favor de ello, si así fuera. Que conste.

Lo que he hecho en falta es completar el discurso con un par de

IGNACIO MARCO-GARDOQUI

ME FALTA ALGO



mensajes. El primero sería recordar la evidencia de que nada de todo eso es gratis, aunque se ofrezca de manera gratuita. De ahí que convendría apelar, aunque solo sea de vez en cuando, al compromiso personal y al esfuerzo colectivo. Porque solo una economía eficiente, sustentada sobre la creación de valor y generadora de riqueza, es capaz de responder en positivo a la carta a los Reyes Magos que escribimos cada día y no solo en navidades.

El segundo mensaje debería recordar que la consecución de tales cosas no depende, en exclusiva y en el largo plazo, de la mera voluntad del empresario en cuestión ni del grado de buenismo del gobernante de turno. Siempre se podrá forzar la voluntad del empresario en cuestión y/o doblegar la actitud del gobernante de turno —en eso disponemos de auténticos especialistas—, pero hay que tener mucho cuidado, pues eso nos puede conducir, en el largo

plazo, a la quiebra de la empresa o al desastre de un déficit incontrolable. Tenemos cientos de ejemplos para ilustrarlo.

La experiencia demuestra que, por cada vez que alguien exige un deber, algunos reclaman cien derechos. E, insistiendo en ello, hemos terminado por crear una sociedad en la que la responsabilidad individual se ha convertido en una especie en extinción; en la que nadie es culpable de sus problemas y, por eso, casi nadie está dispuesto a hacer algo para solucionarlos. Mejor que se ocupen 'otros' de hacerlo. En resumen, no pretendo que se eliminen las protestas ni desaparezcan las exigencias. Me conformo con que hablemos también de las aportaciones que cada uno puede y debe hacer. Tendríamos los mismos problemas, pero habría muchas más soluciones.